



CAPÍTULO XII.

DESPUÉS de la cena, algunos concurrentes empezaron á retirarse, y Julia tuvo ocasión bien pronto de cerciorarse de la ausencia del General y del diputado. Esta brusca separación le contrarió profundamente, y volviendo la mirada á todos lados, no encontró más cara amiga que la del Chino.

—Qué ha sucedido con el General? le preguntó.

—¡Cómo! ¿porqué? dijo el Chino aturdido.

—Se ha marchado.

—¡Es posible! yo no he visto.... no he podido observar.....

Efectivamente, el Chino había entrado en

una especie de éxtasis, desde que Julia le llamó chinito, y no tuvo ya ojos más que para ella, ni se apercibió de lo que pasaba á su alrededor.

—Vaya V. á averiguar lo que ha pasado; pronto, pronto: le ordenó Julia.

El Chino recorrió toda la casa, buscó el abrigo y el sombrero del General y acabó por preguntar á los criados.

Al principio nada pudo averiguar, hasta que Anselmo le enteró de todo lo que se sabía en la cocina.

Julia esperaba ansiosa en su recámara las noticias del Chino, y cuando éste se las comunicó, no pudo reprimir un arranque de despecho, durante el cual hizo pedazos el abanico de plumas que tenía en la mano. Se quedó viendo al Chino, y el Chino sentía la influencia funesta de un baño electro-magnético que hacía retozar en el fondo de su alma, oscura y avezada á las humillaciones, la sabandija de la lujuria. Al Chino no se le erizaban si no se le retorcían los cabellos, como si las centellas que Julia lanzaba de

sus ojos fueran los blancos rayos retrospectivos del sol del Africa Central, que había rizado la melena de sus ascendientes de diez generaciones. Esta ignición del Chino estaba sirviendo de oasis á la tribulación de Julia.

—¡Batirse! exclamó al fin de su larga mirada; ¡batirse! ¡qué se han de batir! El diputado sería capaz de batirse si hubiera sido capaz de seguir bailando conmigo aquella danza apesar de la prohibición del General; y el General no se batirá tampoco porque es viejo y porque no me quiere. Traerme champaña.

El Chino corrió y trajo una copa y una botella.

—¿Y por qué traes una copa? ¡estúpido! ¿te figuras que voy á tomar sola? ¿crees que eres mi criado?

Un criado de Fulcheri que oyó esto al pasar, trajo otra copa.

—Bebe, Chinito, bebe conmigo y verás.

El Chino apuró su copa temblando.

Julia se rió al oír el castañeteo de los

blancos dientes del Chino contra la copa de champagne. El que Julia se permitiera tutearle había acabado con su serenidad: y su dicha era tan grande, que casi había perdido el uso de la palabra, y, ¡cosa extraña! Julia pasaba á su vez por un período de emoción verdadera y profunda, como si amara por la primera vez. Considerar al Chino embrutecido, tembloroso y fuera de sí, era para ella un triunfo que saboreaba con delicia. La fealdad del Chino, su aspecto ordinario y tosco, eran para Julia un encanto mitológico: la rodeaba la atmósfera que respiraban en el bosque los sátiros y las ninfas.

Julia arrebató al Chino y se lanzó con él á la sala, mezclándose entre las parejas de la danza. Bailó durante veinte minutos, llevando al Chino entre sus brazos, envolviéndolo con la larga cola de su vestido rosa pálido, rozándole la cara con los pétalos de sus gardenias impregnadas de triple esencia inglesa.

Cuando se sentó, exclamó con el tono

más cordial y más ingenuo que pueda imaginarse:

—Ea, muchachas, á romper la piñata!

—¿Cuál? preguntó Lupe, ¿la novia ó el general?

—La novia! Aquí no se trata de novias; es muy fea, que traigan al general.

—El general Bum-bum, el general Bum-bum, gritaron algunos pollos expansivos.

—El general, Chinito, el general, repetía Julia entretanto al oído del Chino. Mira, véndame y me dejas destapado un ojo. Yo quiero asestarle un palo al general en las meras costillas, yo sí me batiré con él á palos, y del primero ya verás, ya verás que garrotazo. No necesito más que uno para sacarle todos los tejocotes.

Trajeron la piñata, y la concurrencia que había observado cierto encogimiento durante el baile, llegó al último grado de animación y de alegría. Otilia y el alumno de la Preparatoria habían desaparecido.

En cambio, en una casa, no muchas calles distante de la de Julia, pasaba una es-

cena de silencio de muy distinto género. Más temprano de lo de costumbre se abrió una puerta del comedor que comunicaba con la cocina, y la señora de la casa, una señora de más de cuarenta años, con todas las señales de la vigilia y del dolor en el semblante, se disponía á salir.

—Buenos días, *niña*, le dijo la cocinera que destapaba la lumbre de la hornilla. Muy temprano anda *su mercé* por la cocina. ¿Está *su mercé* mala?

—No, Petra, estoy como siempre.

Y la señora se enjugó las lágrimas con un pañuelo que llevaba en la mano.

—No llore *su mercé*, le dijo Petra cariñosamente, Dios ha de querer y su Divina Magestad que todo se remedie.

—No lo crea V. Petra, no lo crea V. ¿sabe V. algo hoy?

—Yo, *niña*....

—Sí, desde muy temprano estoy oyendo que hablaba V. con el barrendero.

—Es cierto, *niña*, D. Anselmo vino hoy muy temprano y estuvimos contestando.

—Qué dice Anselmo?

—Yo *niña*..... á mí no me gusta andar en averiguaciones, pero le cuentan á uno... y luego como *su mercé* me pregunta todos los días..

—Si yo soy la que pregunto porque necesito saber lo que pasa.... qué sabe V?

—Pues yo.... quiero decir D. Anselmo, dice que el amo.... no sé si será cierto, porque ya sabe V. lo que mienten las gentes.

—Qué dice?

—Pues dice que el amo se salió de allá antes de las cuatro con otros señores, pues, con otros tres señores particulares, y que....

—Y qué?

—Ya le digo á *su mercé* que no ha de ser cierto, porque D. Anselmo dice que le parece cosa de desafío.

—De desafío! con quién? cómo? diga V., diga V. todo lo que sepa.

—Pues nada, que se salieron del baile susodicho para ir á buscar las espadas y los coches, que D. Anselmo lo oyó todo en la cocina y en el patio porque estaba oscuro; pe-

ro yo le digo á *su mercé* que no ha de ser cierto.

—Sea cierto ó no, yo no puedo permanecer en esta incertidumbre. Voy en el momento á buscar á Gerardo Silva.

—Pero todavía está oscuro, *niña*; ¿que va V. á hacer?

—Dígale V. á Anselmo, que está barriendo la calle, que él me acompañará.

La señora entró enseguida á las piezas que permanecían aún cerradas, para tomar un abrigo y salir á la calle, y la cocinera bajó á prevenir á Anselmo.

Algunos minutos después empezó á rayar la aurora y un coche paró á la puerta de la casa. En el coche venían el General, los dos diputados y Rosalitos.

—Buenos días, dijo el General bajando del coche.

—Buenos días, General, le contestaron sus compañeros.

La señora había observado esta escena detrás de la vidriera del balcón, y al ver bajar á su marido sano y salvo, dejó el

abrigo que tenía puesto y se retiró á su recámara.

El General abrió su cuarto con una llave que cargaba siempre, y se acostó dando orden á Petra de que no lo despertaran.

—Diremos lo que había pasado respecto al desafío. Se había arreglado que éste se verificara á espada y á primera sangre, y que el sitio sería cierto lote de la Colonia de los Arquitectos. Llegados al lugar en dos distintos coches, Rosalitos tomó la palabra:

—General, estoy listo para servir á V. de padrino, he aquí las armas. Mi compañero no tiene tampoco inconveniente; todos estamos listos y en el terreno del honor, pero antes de proceder al asalto, permítame V. que le diga que el motivo del duelo es fútil, y que la persona por quien Vds. se van á batir no es digna de tal honra.

Puesta la cuestión por Rosalitos en este terreno, contendientes y padrinos entraron en una discusión, que el frío de la mañana no permitió que fuera acalorada.

Un chiste de Rosalitos á propósito del

Chino promovió la hilaridad, y el General y el diputado se dieron un abrazo.

Rosalitos iría en la tarde á notificar á Julia que el General la abandonaba, y esta comisión iba á desempeñarla con gusto, primero en obsequio á la familia del General, y luego, porque como Rosalitos era soltero, buen mozo, rico, y no tenía más que veintisiete años, estaba en actitud de apechugar con las consecuencias.

El General entró en su casa avergonzado, pensando en que esa segunda juventud de los viejos, en la que sus amigos le aseguraban que hacía tan buen papel, estaba erizada de disgustos, dificultades y vejaciones, en cambio de goces vulgares muy despreciables en comparación de la felicidad de su familia.

FIN.

